

STAR CRAFT II



BLIZZARD
ENTERTAINMENT

“Sueños de vigilia”

Stone ya sabe quién está al otro lado de la puerta antes de que se abra.

Había oído las explosiones y los disparos, los informes alarmados de los soldados de los Defensores del hombre sobre un fantasma infiltrado en el cuartel de la general Carolina Davis, el silencio atronador de las comunicaciones a medida que aumentaban las bajas. Los agentes del Dominio solo tienen un objetivo, y Stone es la última línea de defensa de la general.

La general Davis y los Defensores del hombre son la única esperanza de la humanidad contra alienígenas como los zerg y los protoss. ¿Acaso hay algo más importante por lo que luchar? ¿O morir? Stone ha entrenado toda su vida para momentos como este, para tener la oportunidad de darlo todo por proteger a quienes no pueden protegerse. Está listo. No fallará. No puede fallar.

Pocos fantasmas podrían penetrar en un cuartel de los Defensores como este. Mientras se abre la puerta a la oficina exterior de Davis, Stone percibe una potente energía psiónica (que conoce bien) y se siente invadido por la decepción y el temor.

La agente X41822N. Noviembre “Nova” Terra.

Desde el lugar en el que se oculta, Stone observa a Nova, que entra en la habitación con cautela mientras sostiene sus armas listas para disparar. Se detiene para contemplar la imponente estatua del Emperador Arcturus Mengsk, justo a la derecha de Stone. Pero luego examina el lugar. Sabe que hay alguien cerca. Sabe que es Stone.

Stone tiene que atacar primero para usar el único recurso que le queda: la sorpresa. Necesita cualquier ventaja posible. Sin embargo, alguna vez le confió a Nova su vida

misma. Alguna vez la consideró lo más cercano a un amigo que podía tener alguien como él. Y tiene preguntas para hacerle.

Además, está furioso.

—Sabía que te volvería a ver— dice.

Nova localiza a Stone, que baja el escudo para que ella pueda ver su rifle automático. Nova entrecierra los ojos.

—Stone. ¿Qué sucedió? —pregunta.

—Me abandonaste y te uniste al Dominio para asesinar a los que antes eran tus camaradas. Supongo que ahora es mi turno.

—Alteraron tus recuerdos. Tú no eres así...

La mente de Nova lo examina, tratando de leer sus pensamientos.

—Somos lo que elegimos ser... y tú elegiste esto. —Aunque él es fuerte, ella lo supera. No podrá bloquear su telepatía mucho más tiempo. Stone le dispara.

Nova se cubre detrás de otra enorme estatua, uno de los dos Lobos de Korhal que flanquean la estatua de Mengsk: su emblema familiar y el símbolo de su régimen.

Stone sabe bien que esta era una batalla por su vida, pero la única vida que le importa es la que juró proteger. Tiene que impedir que Nova llegue a la general Davis.

En el campo de batalla, Stone está acostumbrado a enfrentar a seres humanos normales. Aunque estén bien entrenados y porten las mejores armas, no se comparan con las habilidades psiónicas de un fantasma, sobre todo si está equipado con una de las tecnologías más avanzadas que existen: el traje para ambientes hostiles. Su malla ajustada le permite a Stone canalizar su poder psiónico y aumentar su fuerza y agilidad hasta volverse básicamente invencible.

Pero Nova también lleva el traje, y su índice psiónico es 10. El de Stone es 7. Un combate entre dos fantasmas con un nivel similar de poder y destreza no es algo habitual. Se parece más a una partida de ajedrez que a un ataque frontal: un juego de estrategia, resistencia y probabilidades combinadas con un poco de suerte. Stone se ha enfrentado antes a Nova en sesiones de entrenamiento. La ha visto en acción contra un enemigo en común.

Va a necesitar mucha suerte.

Stone activa el reactor de fase experimental de su traje y se teletransporta a una posición justo detrás de Nova... o al menos donde estaba un segundo antes. En un abrir y cerrar de ojos, Nova desaparece sin dejar de disparar. ¿Es solo muy veloz y se ha ocultado, o de alguna forma ha logrado aprender la tecnología de teletransporte experimental? Vuelve a sentirla en las fronteras de su conciencia, tratando de entrar. No es una lucha de fuerza, sino de voluntades.

—Eras la mejor de todos nosotros, Nova. ¿Por qué nos traicionaste? —grita.

—De hecho, fue idea tuya.

—¡Más mentiras! —Stone nota el movimiento con el rabillo del ojo, gira y dispara. Falla. Pero ella, no. Stone recibe el golpe desde atrás y casi pierde el equilibrio. Cuando gira, Nova ya no está.

No hay manera. Stone hace algunos disparos, pero le acierta más a las cosas de la oficina que a Nova. Apenas atina a parpadear y mirar alrededor para tratar de encontrar un hueco en su defensa, mientras que ella siempre parece estar un paso adelante y logra usar el entorno de forma estratégica para esquivar sus disparos y adelantarse.

Nova ha logrado agotarlo. Y sin embargo... parece contenerse. Stone sabe de lo que era capaz. Si realmente quisiera, él ya estaría muerto. Eso significa solo una cosa: no quiere matarlo. Stone no entiende por qué.

Esto no está sucediendo, *piensa Stone*. Es un recuerdo. O un sueño.

Desorientado, Stone pierde la posición de Nova. Un segundo después, siente otro impacto. Y cae inconsciente.

#

Stone volvió en sí lentamente. Cuando se despertó del todo, los recuerdos se agolparon en su mente, en una catarata de imágenes mezcladas con emociones confusas.

Su primer pensamiento fue: *Perdón, mi general*.

Y luego: *¿Dónde carajo estoy? ¿Por qué no estoy muerto?*

Abrió los ojos. Hasta la suave luz de la habitación parecía dolerle en la piel. Con todo el tiempo que había pasado en las enfermerías, le resultaba fácil reconocer una. Bastaba con el olor penetrante de los desinfectantes. No tenía su casco y tampoco su traje. Eso lo hacía sentirse expuesto. Vulnerable.

Le sobrevino una oleada de dolor. Un fuerte dolor de cabeza que le oprimía los ojos. Trató de tocarse la cabeza, pero tenía los brazos atados a los costados. También tenía atadas las piernas. El hombro izquierdo le ardía. Probablemente era un músculo desgarrado. Le dolía todo el cuerpo, como si toda su piel fuese un enorme hematoma.

De todas formas, el dolor físico no era nada comparado con esa devastadora sensación de fracaso. En lugar de proteger a la general Davis, como era su deber, se había dejado atrapar por el enemigo. ¿Habrían capturado también a la general?

Pero desde los confines de su mente, una pregunta lo acechaba y opacaba todo lo demás. ¿Por qué Nova le había perdonado la vida?

Un recuerdo lo sacudió. Era su imagen, cuando ayudaba a Nova a escapar de una base en Sharpsburgo. Una persecución a toda velocidad tras los buitres, por la carretera.

Pero esa misión jamás había sucedido. Nova era una traidora de los Defensores. Era el enemigo.

Eso quería decir que Stone era prisionero del Dominio. Tenía que salir de ese lugar. Pero antes debía saber dónde estaba.

Stone giró la cabeza para tratar de estudiar los alrededores. A su derecha había una camilla vacía, que a juzgar por las mantas arrugadas había estado ocupada un rato antes. A su izquierda, un monitor de diagnóstico. Decidió que debía estar en una nave, pues podía sentir el suave arrullo de las máquinas a través del colchón delgado. En su mente se dibujó otro recuerdo: el cuento “El príncipe y el guijarro”.

Solo recordaba fragmentos, como le pasaba siempre con todo. El cuento hablaba de un joven príncipe que, aburrido de la vida en el palacio, huyó para explorar la ciudad por su cuenta. Pronto fue reclutado, como los demás jóvenes de la ciudad, y obligado a unirse al ejército. Mientras lo arrastraban a las primeras líneas de alguna batalla, donde lo esperaba una muerte segura, el príncipe confesó ser el hijo del emperador y exigió que lo llevaran de vuelta al palacio. Nadie le creyó, pues el emperador nunca había anunciado que su hijo se había perdido.

Sin embargo, una general muy sabia decidió poner a prueba el relato del muchacho. La noche anterior a la gran batalla, invitó al joven que se decía príncipe, vestido con su armadura, a tomar el té. Lo hizo sentarse al otro lado de la mesa, sobre un suave cojín.

Luego le hizo preguntas sobre el emperador y su vida como miembro de la realeza, pero al joven le costaba responder sus preguntas. Fruncía el ceño, se retorció y se movía constantemente en su silla, sin probar el té.

“¿Qué sucede?”, preguntó la general.

“¡Este cojín está lleno de nudos!”. El joven se levantó de un salto y arrojó a un lado el cojín. Debajo, descubrió un pequeño guijarro. La general aplaudió. “Sin duda eres quien dices ser”, afirmó. “Solo un príncipe puede ser tan sensible para sentir un guijarro debajo de un cojín mullido con toda esa armadura que llevas puesta”. Y así la general salvó la vida del príncipe, y la propia.

Qué extraño. Los cuentos infantiles definitivamente no formaban parte del entrenamiento en el Programa Fantasma, y Stone había sido educado en la Academia de Korhal. ¿Dónde había oído esa historia, y por qué le causaba esa sensación de pérdida tan dolorosa?

Stone estaba lejos de ser un príncipe, pero los recuerdos eran como aquel guijarro: podía sentir *algo* debajo de todas esas capas de programación, reprogramación y recuerdos implantados con el paso de los años, aunque no sabía qué era. La verdad se ocultaba, como una sensación insistente y molesta, en los rincones de su mente.

Stone intentó percibir la presencia de Nova con sus poderes de telepatía. Si ella estaba en la nave, quizá también estuviera la general Davis.

“¡Nova!”, gritó en su mente. Pero aún estaba demasiado agotado por la pelea para recobrar fuerzas. De hecho, lo único que podía hacer por el momento era mantener los ojos abiertos.

Entonces, una voz le respondió y lo puso en alerta.

—Bienvenido otra vez, agente Stone.

Era una voz profunda, cálida pero cautelosa. Stone miró a un lado y al otro, tratando de concentrar la mirada para ver quién había hablado. Alguien apareció ante su vista, a la derecha. Un hombre de tez oscura, calvo, con una gran espalda y brazos cibernéticos. Examinó a Stone con la mirada, como si fuera un espécimen de laboratorio.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy?

—Soy un amigo —dijo el hombre.

—No te conozco.

—Soy Reigel. Trabajo con Nova. Así que en realidad soy amigo de una amiga. Pero ella me pidió que te cuidara.

Aunque la expresión de Reigel era cauta e indiferente, sus ojos parecían amables. Su voz sonaba tranquilizadora, con un ritmo lento.

Stone tiró de sus ataduras.

—¿Esto es cuidarme? —preguntó.

—Es una precaución, por tu propio bien. —Reigel inclinó la cabeza—. Y por supuesto, por el bien de la tripulación.

—Así que es verdad. Estamos en una nave —susurró Stone.

La expresión de Reigel no se alteró. *Vamos, dame algo*, pensó Stone.

—¿Soy un prisionero? —Stone volvió a tirar de sus ataduras. Con su traje, podría haberlas roto como un papel. Estaban comenzando a ceder, pero llevaría un tiempo.

Reigel caminó lentamente alrededor del respaldo de la cama de Stone, con un ecógrafo en las manos. Stone lo siguió con la mirada mientras intentaba desatarse sin llamar la atención.

—Solo eres prisionero de tu propia mente —respondió Reigel—. Tus recuerdos han sido alterados.

—Qué novedad.

—No trabajas para los Defensores. Jamás trabajaste para ellos. Tú, Nova, Delta y Pierce trabajaban como agentes encubiertos. La ayudaste a escapar de aquel lugar, pero volvieron a capturarte en la huida. Y fue entonces que Carolina Davis comenzó a usarte, supongo que con la esperanza de que engañaras a Nova.

—Delta y Pierce —murmuró Stone—. ¿Están bien?

—Están vivos.

—En general es lo que máximo que podemos esperar —dijo Stone.

Otro recuerdo logró infiltrarse en su conciencia, uno en que luchaba por salir de un complejo de los Defensores. *¿Eso pasó de verdad?*, se preguntó.

Stone negó con la cabeza. ¿Importaba si los recuerdos eran reales? ¿O quién los programaba? Stone era un arma, y a esta altura, había servido a tantos maestros que no podía recordarlos bien. Era mucho más sencillo cuando solo tenía que seguir órdenes. Cuando no tenía que lidiar con los recuerdos de lo que había hecho o las consecuencias de sus acciones.

Stone había intentado matar a Nova. Si de verdad era su amiga, no era algo de lo que él se sentía orgulloso, aunque no fuera su culpa. Al menos, ella había logrado dejarlo inconsciente sin matarlo ni lastimarlo... tanto. Él no había tenido la misma consideración.

—¿Me puedes borrar? —preguntó Stone.

—No puedo. Aún no.

Eso es, pensó Stone. Si podían borrarle la memoria tan fácilmente pero no lo hacían, debían tener un motivo. Estaban ocultando algo. No podía confiar en nada que le dijera este hombre.

—Nova me pidió que esperara. Que no hiciera nada hasta que ella pudiera hablar contigo. Además, te dispararon, te atacaron psiónicamente y te golpearon físicamente. Ya tuviste suficiente por ahora, ¿no te parece?

—Vamos, refriégamelo en la cara —dijo Stone. Las ataduras de los brazos ya estaban más sueltas.

—Lo que quiero decir es que estás débil y ordenando recuerdos adulterados. Descansa. Nova hablará contigo después de la misión.

¿Misión? ¿Qué podrían estar haciendo tan rápido después de haber atacado el complejo de la general Davis?

La están llevando al Dominio, pensó Stone. Debía ser eso. Tuvo más seguridad aún de que Reigel estaba mintiendo. Querían mantenerlo con la guardia baja hasta que pudieran entregarlo al Dominio.

Stone suspiró.

—Tienes razón. Estoy... cansado.

Reigel se inclinó para acercarse y miró con atención a Stone. Stone era un muy buen mentiroso; podía ocultar tanto sus emociones como sus pensamientos. Pero no era desconfianza lo que se veía en la cara de Reigel, era preocupación. Parecía importarle en serio el bienestar de Stone.

Quizá también era buen actor. Sin dudas, Reigel había pasado de todo en su vida... algo que también era cierto respecto de la mayoría de los leales al Dominio. Y si Reigel era un sobreviviente, era inteligente. Dos cualidades de las que cuidarse en un enemigo.

—Puedo darte algo para ayudarte a dormir —ofreció Reigel.

Stone cerró los ojos.

—No lo necesito. —Se concentró en hacer que su respiración fuera lenta y regular. Cuando oyó que las puertas de la enfermería se abrieron y se cerraron, siguió trabajando en las ataduras del brazo.

Tras una hora de trabajo sudoroso o más, finalmente logró estirarlas lo suficiente como para soltar el brazo izquierdo, y luego el derecho. Se sentó y tomó la banda que rodeaba las piernas, cerró los ojos y apretó la mandíbula mientras tiraba con todas sus fuerzas. El metal crujió y uno de los extremos del grillete se cerró de pronto.

—¡Vamos! —jaló con fuerza, la mandíbula apretada.

Y quedó libre.

Stone recuperó el aliento. Si todos en la nave estaban ocupados con una misión, debían estar distraídos. Ahora era el mejor momento para encontrar a la general Davis y robar un transbordador para escapar. O aún mejor, tomar el mando de la nave y llevar la tripulación a los Defensores. Quizás estaba a tiempo de enmendar su fracaso en Vardona.

Stone bajó las piernas de la cama y se puso de pie de un salto. La habitación giró y unas manchas oscuras le cubrieron la visión. Buscó aferrarse al borde de la cama.

No pudo.

Las piernas de Stone cedieron y el piso se aceleró hacia su cara. Antes de caer del todo, ya estaba inconsciente.

#

Stone despertó sobresaltado. Estaba cubierto de sudor, con el corazón acelerado y bombeando adrenalina por todo el cuerpo.

Estaba en una habitación a oscuras, excepto por las estrellas que pasaban a toda velocidad afuera de un panel de visión amplio a su derecha. Ya no estaba en una enfermería. Se sentó, más lentamente esta vez: ya no estaba atado. La nariz le latía y le dolía terriblemente, pero no estaba rota.

—Bueno, qué vergüenza —dijo en voz alta—. Stone cero; gravedad artificial uno.

Su voz sonaba distante, alejada de sus pensamientos íntimos. Se sacudió los sueños inquietantes que había sentido tan vívidos como para ser recuerdos.

Una ciudad infestada de zerg letales. Tantos que él y Nova habrían muerto si los Defensores del hombre no los hubieran salvado a último momento.

¿Salvado? ¿O capturado?

Nova termina de instalar el dispositivo antizerg que les había dado el lacero.

—Creí que el comando del Dominio había dicho que los ataques de zerg salvajes ya no eran una amenaza. Me pregunto qué cambió —dice Nova. Se mantiene alejada y mira el dispositivo aparentemente inocuo. Su núcleo amarillo pulsa regularmente, de un modo casi hipnótico.

—Debe ser algo importante. Se necesita mucho tiempo y dinero para desarrollar un dispositivo de seguridad como este —dice Stone.

Cuando se trataba de defensa militar, los gobiernos no ahorraban gastos. El programa Fantasma era quizás el mejor ejemplo de su voluntad para invertir a futuro: criar y entrenar personas con habilidades psiónicas como Stone llevaba toda una vida,

sin mencionar toda la tecnología que llevaba controlarlos y el costoso equipo que aumentaba sus habilidades y los protegía. Stone sintió de repente una extraña empatía con la máquina a sus pies.

—Si funciona como dice Maxwell, esta tecnología podría ser de gran ayuda para nosotros en el campo de batalla. ¿Por qué nadie nos dijo nada? —pregunta Nova.

—Quizá se les olvidó... o tal vez nos estén mintiendo. Sea como sea, no me gusta.

—Tengo que investigar. Algo huele mal aquí —dice Nova.

Esa es una de las muchas diferencias entre él y Nova: Stone sigue órdenes, pero ella nunca deja de hacer preguntas. Él puede llegar a ponerse un poco creativo con el modo de cumplir las órdenes si eso puede salvar vidas inocentes, pero nunca se había rebelado.

Es una lotería adivinar cuál de esas actividades te matará más rápido en su línea de trabajo.

Nueva Andasar, pensó Stone de repente. La ciudad había caído ante una invasión zerg, pero Stone no recordaba haber estado ahí... hasta ahora. Parecía tan obvio: no solo había estado allí, él y Nova habían provocado el ataque zerg.

Un equipo de seguridad suficientemente avanzado como para neutralizar a los zerg salvajes... había sonado demasiado bien para ser cierto. Pero Stone nunca podría haber imaginado que los Defensores del hombre lo habían usado para plantar emisores psiónicos y así llevar a los zerg a Antiga Mayor, un territorio desconocido para el Dominio. Por órdenes de la general Davis.

Stone cerró los ojos con fuerza. No, el Dominio estaba jugando con su mente. Querían que pensara que los Defensores eran el enemigo. Debían haberlo reprogramado mientras dormía, a pesar de que Reigel lo había negado.

Stone salió de la cama y probó su equilibrio y su fuerza. Físicamente, se sentía bien; era su mente la que estaba en terreno resbaloso. Fue de inmediato a la puerta. Como era de esperar, no abría. Encendió las luces y miró a su alrededor. La habitación de huéspedes era espartana, vacía de muebles salvo por la cama de una plaza estándar y un pequeño escritorio con una pantalla y una silla de metal. Nada de personalidad, nada que le pudiera servir.

Stone se acomodó en la silla y activó la pantalla. Estaba restringida a modo de solo lectura, así que no iba a poder saber nada de la nave en la que estaba ni contactar a los Defensores del hombre para pedir ayuda. Pero podría averiguar lo que había estado ocurriendo en las noticias.

Resultó que estaba pasando de todo, y no le llevó mucho tiempo ponerse al día, estaba en todos los titulares.

“La general Carolina Davis identificada como líder de los Defensores, arrestada”.

“Defensores del hombre culpados por los ataques zerg”

“Tal'darim ataca Vardona, Davis escapa custodia”.

“Davis ha muerto”.

Stone se quedó mirando al último titular, azorado. Ya era demasiado tarde.

Leyó el artículo por encima, pero no había muchos detalles. Durante el ataque de la Flota de la Muerte de Tal'darim a Vardona, Davis había incautado a la *Medusa* y había huido a una base oculta de los Defensores del hombre en el astillero de Cerros. Había

habido un altercado entre sus fuerzas y los Gorgóneos del Dominio, y la general Davis aparentemente había muerto en la batalla. Era probable que una parte de la información fuera clasificada, pero Stone sospechaba que era un encubrimiento.

Nova, pensó. Miró de nuevo al campo estrellado en movimiento fuera del puerto. No había modo de saber a dónde iban, pero estaba dispuesto a apostar su salario entero a que Cerros estaba a sus espaldas. El artículo había sido publicado esa mañana, y Reigel había mencionado una misión.

Tendría que haber estado peleando con su general. Debería haberla protegido mejor.

Stone alejó la pantalla, asqueado. ¿En cuánto de todo eso podía creer? Bajo el Dominio, las noticias eran casi más fáciles de falsificar que los recuerdos.

Se levantó de un salto y comenzó a caminar de un lado al otro. Tenía que salir de ahí; tenía que tomar esta nave. Miró la puerta, y analizó si podría derribarla.

Si estoy prisionero aquí, debe haber alguien custodiando la puerta. Y él iba a tener más dificultades para pelear con esa persona después de haber atravesado una puerta de mierda. Así que decidió intentar otra táctica.

Tocó la puerta.

Un momento después, la puerta se deslizó y abrió y apareció un hombre blanco vestido con una camiseta y pantalones cargo. El agente X20991N, Theodore Pierce. El otro fantasma sonrió, pero sus ojos estaban cubiertos. Miraban aquí y allá, y hacían análisis rápidos de Stone, así como Stone los hacía de él. Estaba listo para cualquier cosa, o al menos eso creía.

—Pierce —dijo Stone.

—Hola, Stone. Qué bueno verte restablecido. ¿Cómo estás?

—He tenido mejores momentos. Pero comienzo a sentirme yo mismo. —*Lo que sea que eso signifique*, agregó Stone en silencio. Reunió su poder psiónico para bloquear sus pensamientos de la telepatía de Pierce. Por suerte, la capacidad psiónica de Pierce era más débil que la de Stone, así que mientras Stone mantuviera sus defensas alerta, Pierce no iba a saber lo que pensaba o planeaba hasta que fuera demasiado tarde.

Pierce parecía estar en óptima condición física, pero Stone llevaba la ventaja, tanto por su clase de peso superior como porque era más joven. En un día bueno, Stone usaría su mayor tolerancia para superar a Pierce, como solía ocurrir en sus peleas de entrenamiento. Pero Pierce tenía un arma enfundada en la cadera, y ese estaba lejos de ser un buen día.

Stone estaba débil, aún en recuperación por su enfrentamiento con Nova, y no estaba en condiciones de pelear, especialmente sin un traje. Tendría que ser más astuto y usar lo que sabía de Pierce en su contra.

—Me alegro de que estés bien —dijo Stone—. ¿Qué pasó allá?

Pierce entró, cerró la puerta y se apoyó en ella.

—Lo mismo de siempre. Los Defensores nos usaron. La general Davis engañó al Dominio —tú y Nova— para llevar a los zerg a Antiga Mayor. Mientras tanto, ella había estado liderando a los Defensores todo el tiempo, una traidora. Cuando Nova se dio cuenta y Valerian fue a buscarla, Davis nos reprogramó: hizo que tú, yo y Delta creyéramos que somos Defensores leales para intentar protegerla.

Stone afirmó con la cabeza.

—¿Recuerdas todo esto por ti solo o te reprogramaron con estos recuerdos?

Pierce se pasó la mano por el pelo y suspiró.

—Nada de eso. Nova y Reigel me explicaron lo que pasó cuando me trajeron a bordo.

—¿Y simplemente... les creíste?

—Sí. Es lo único que me parece lógico, con todo lo que sé. El Dominio nos rescató, Stone. De hecho, todo cambió para nosotros. Para todos los fantasmas. El Emperador Valerian modificó los términos del Programa Fantasma mientras estuvimos desaparecidos en combate: ya no pueden borrar ni reemplazar nuestros recuerdos sin nuestro consentimiento. Ahora tenemos más libertad.

Stone estaba estupefacto. En cierto modo, lo horrorizaba esa idea, que atentaba contra las bases mismas del Programa Fantasma, y todo lo que él conocía hasta entonces.

—¿Libertad para qué?

—Libertad para elegir.

Stone se cruzó de brazos.

—Es increíble. No puedo entenderlo.

—El hecho de que estemos conversando demuestra su sinceridad. Al fin tenemos un poco de control para decidir a quién servimos y qué hacemos.

—Quizás. —Stone sintió que Pierce trataba de sondear su mente. En lugar de bloquearlo por completo, lo que habría encendido luces de alarma, se concentró en particionar sus pensamientos para ocultarlos y hacer que Pierce aceptara al pie de la letra lo que decía—. ¿Y Delta? ¿Ella también cree todo esto? —preguntó.

—Delta... —Pierce bajó la mirada—. No. No pudo aceptarlo, al menos no al principio. Cuando llegamos a bordo, le borraron la memoria.

Stone resopló con sarcasmo.

—Ya veo lo que significa tener libertad de elección.

—Pero sí fue su decisión. Siempre habrá fantasmas que no puedan manejar lo que nos exigen, enfrentar las cosas que hemos hecho. Dicen que la ignorancia es una bendición. Borrar algunos recuerdos puede ser una bendición, ¿no estás de acuerdo?

Stone lanzó un gruñido.

—Borrar la memoria es solo un instrumento. Como un arma —agregó Pierce.

—O un fantasma —respondió Stone.

—Todo depende de quién use ese instrumento. Para hacer el bien o el mal. Ya sé, es demasiada información para asimilar. Y tú eres más testarudo que yo. Pero estoy acá para ayudarte con lo que necesites.

—Muy bien. —Stone inhaló una profunda bocanada de aire y la dejó salir lentamente—. Muy bien. Entonces, ayúdame. Ayúdame a entender. ¿Estamos en una nave del Dominio?

—Es el *Grifonte*, y no es exactamente del Dominio, no.

—¿Cómo dices?

—Técnicamente... no pertenecemos a una organización en este momento.

—Si el *Grifonte* no es parte de la flota del Dominio y tampoco es una nave de los Defensores, ¿a quién responde?

—A Nova Terra.

Stone levantó las cejas casi hasta la raíz del pelo. Pierce sonrió, como si hubiera estado esperando esa reacción y la disfrutara.

¿Qué me perdí? Tiene que haber una explicación. Stone dejó que Pierce recibiera esos pensamientos: era de esperar cierta confusión, y ni siquiera tenía que fingirla.

—¿Pero Nova no trabaja para Valerian?

—Es complicado —respondió Pierce—. Ni te imaginas.

—Así que es complicado. ¿Y nosotros? ¿Cómo encajamos en todo esto?

Stone había pasado su vida al servicio de alguien. Los regímenes empezaban y terminaban, pero el Programa Fantasma siempre estaba ahí, apenas con algunos cambios según quién estuviera en el poder.

Pierce abrió los brazos.

—Tenemos la oportunidad de empezar de nuevo. Valerian dice que hasta podemos abandonar el programa si queremos.

¿Abandonar el Programa Fantasma? Eso jamás había sido posible. Nadie nunca se habría atrevido a pensar algo así. Si era verdad... ¿sería capaz de irse? Hasta donde podía recordar, Stone siempre había sido un fantasma. Él le debía todo al programa. Él *era* el programa. ¿Qué podría hacer sin eso?

Stone frunció el ceño. Pierce había cometido un error. Había hablado de más al decir que el Programa Fantasma estaba acabado. Quizá le estaban diciendo lo que pensaban que él quería oír para confundirlo. Aún no lograba desentrañar qué objetivo tenían, qué querían de él.

¿Acaso querían probar su lealtad? Tal vez estaban haciendo una limpieza a fondo después de eliminar a Davis. Las habilidades psiónicas de Stone eran tan fuertes que a veces era imposible completar los procesos para borrarle recuerdos y resocializarlo. Ya había sido un problema en el pasado, y era por eso que su mente ahora intentaba unir los fragmentos de memoria.

La verdad siempre estaba oculta en algún lugar. Solo bastaba con levantar capa por capa y mirar mejor. Al menos, fracciones de verdad. Quizás incluso recuerdos de la vida que Stone había tenido por muy poco tiempo antes del Programa Fantasma. La vida y la familia que no podía recordar.

Y así había sido siempre. Sus recuerdos estaban llenos de huecos: momentos y acciones imposibles de explicar. Y en cuanto a las imágenes que sí aparecían en su mente... nunca sabía si eran reales o no.

Si Reigel y Pierce le estaban mintiendo y ocultaban algo, quizás era por un motivo. Nova no había querido matarlo en el cuartel de Davis. Y si no podían reprogramarlo, borrarle los recuerdos o matarlo, entonces debían querer algo de él.

Debía tener información que ellos buscaban, y no podían arriesgarse a perderla. Al fin algo empezaba a tener sentido.

Todo lo que Stone había visto u oído desde que había despertado en la nave era sospechoso. Eso significaba que quizá la general Davis estaba viva.

Pues no iba a descubrir la verdad ahí sentado, charlando con su “viejo amigo”.

Percibió un movimiento en su visión periférica. Pierce se acercaba a su arma. Stone se enfureció consigo mismo. Ahora *él* había cometido un error. Había dejado caer el escudo que protegía sus pensamientos y el otro fantasma había percibido sus sospechas crecientes y su paranoia.

—Stone, ¿te sientes bien? —le preguntó Pierce con voz tensa.

Aquí vamos, pensó Stone.

—Estoy un poco... —Sacudió la cabeza—. Estoy mareado. Será mejor que llames a Reigel. —Stone se volvió hacia Pierce y fingió tambalearse. Pierce, con sus reflejos afilados, rápidamente se adelantó para ayudarlo y sostuvo a Stone por las axilas.

Stone simuló que intentaba tomar la pistola de Pierce. Sabía que Pierce leería eso en su mente. Pero Stone no quería la pistola. Solo quería evitar que el otro la tomase primero. Cuando Pierce giró para ir en dirección al arma, Stone lo tomó del brazo derecho, se dio vuelta y arrojó a Pierce por encima del hombro.

Pierce cayó de espaldas al suelo. Había quedado sin aliento pero enseguida comenzó a recobrase. Stone rápidamente aferró el único mueble que no estaba atornillado al piso: la silla del escritorio. Y se la arrojó a la cabeza.

Pierce rodó en el suelo para esquivar el golpe y la silla se estrelló contra el suelo. Stone sintió el impacto hasta en los brazos. Apretó los dientes y se aferró a lo que quedaba de la silla, el respaldo y las patas traseras. Observó las barras metálicas que hacían las veces de patas. Eso serviría.

Con un movimiento fácil, Pierce se balanceó, se puso de pie y se acercó con el arma en la mano.

—No hagas esto —dijo Pierce.

—Ya lo estamos haciendo.

—¿Por qué? No soy tu enemigo. Estamos tratando de *ayudarte*. Pierce transmitió las palabras a la mente de Stone mientras las pronunciaba, como si así pudiera lograr que le creyera.

—Esa es la parte que no creo. —Stone arremetió contra Pierce.

Pierce disparó, pero Stone giró y retrocedió hacia la derecha. La bala le rozó el pecho. Siguió girando y se acercó a Pierce. Usó una barra para golpearle las costillas con todas sus fuerzas, y la otra para aplastarle la muñeca. Pierce lanzó un insulto y soltó la pistola.

Stone trató de golpear las sienes de Pierce con las dos barras, pero el otro fantasma se agachó. Las barras chocaron y vibraron en el aire. Stone estiró la pierna y pateó la pistola fuera del alcance de Pierce. El arma quedó bajo el escritorio. Pierce aprovechó para tirar del pie extendido de Stone y hacerlo caer hacia atrás. Stone soltó las barras.

¡Ya basta! gritó Pierce en la mente de Stone, con suficiente fuerza para atravesar sus escudos. Con suficiente fuerza para confundir su visión por un momento y desorientarlo. Cuando Stone logró despejar los ojos, vio que Pierce sostenía una de las barras. La sostuvo horizontalmente con las dos manos y la presionó con fuerza contra el cuello y la clavícula de Stone para mantenerlo contra el suelo. Le hundió la rodilla en el pecho.

—¿Qué quieres de mí? —gruñó Stone.

Pierce aflojó un poco la presión.

—Que dejes de pelear. Déjanos ayudarte.

Stone trató de reír pero solo pudo lanzar una tos seca.

—¿Por qué todos de pronto están tan interesados en ayudarme? Están buscando *algo*.

Se esforzaban por hacer que confiara en ellos. Eso quería decir que fuera cual fuese la información oculta en su mente, solo podía entregarla por su propia voluntad. ¿Pero qué podía ser tan importante? Si tenía información vital, era un secreto incluso para él. Era difícil encontrar una respuesta cuando ni siquiera sabía qué preguntar.

—Lo entiendo. Todos estamos acostumbrados a que nos usen. Pero ya no es así, Stone. No tiene por qué ser así.

Stone tanteó a ciegas hasta que su mano derecha tropezó con la otra barra caída y la sujetó. La levantó y golpeó a Pierce en la sien, con suficiente fuerza para aturdirlo y hacer que lo soltara. Stone lo apartó de un empujón y se puso de pie tambaleando. Trató de recobrar el aliento.

—¿A dónde piensas ir? —gritó Pierce. Se tocó la sien y vio la sangre en sus dedos. Se limpió la mano en la camisa—. No puedes salir de esta nave.

¿*Quién dijo que quiero salir de la nave?*, pensó Stone. Ya no le importaba que Pierce leyera sus pensamientos. Si Davis aún estaba con vida y a bordo, podría rescatarla y tomar el control de la nave. Y si no, quizá sería suficiente con destruir el *Grifonte*, eliminar la amenaza que representaba Nova y vengar la muerte de Davis. Sería un fuerte golpe para el Dominio y elevaría la moral de los Defensores.

Pero en ese momento, Stone vaciló. Ya ni siquiera sabía para quién trabajaba, ni por qué. Si las noticias eran ciertas... si Davis realmente estaba muerta y los Defensores habían sido vencidos, entonces era un agente libre. Y si Pierce tenía razón, si había trabajado para el Dominio y ahora estaba en una nave independiente... pues también era un agente libre. ¿Por qué causa estaba luchando ahora?

Pierce revoleó la barra contra Stone. Casi sin pensar, Stone usó la suya para bloquearla. Se movió alrededor de Pierce siguiendo los patrones de la práctica de kendo de la academia.

La supervivencia. Esa era la única causa por la que valía la pena luchar. Y si además podía descubrir la verdad, pues mucho mejor.

Stone lanzó una patada circular y golpeó a Pierce en el costado, pero su oponente reaccionó rápidamente y lo golpeó dos veces con la barra, primero en la rodilla y luego en la espalda. Esta vez, Stone cayó de verdad. Se recobró, se puso de pie con una sonrisa de dolor, y el combate siguió. Intercambiaron golpes y más golpes. Pegaban, esquivaban y empujaban los dos por igual.

Stone era mejor luchador que Pierce y su índice psiónico era más alto, pero aún se estaba recuperando de sus heridas y se sentía agobiado por los recuerdos contradictorios.

Era un empate. Dieron vueltas en círculos lentamente, cada uno en un extremo de la habitación, esperando para que el otro atacara. El lugar no ofrecía nada para ocultarse o usar como ventaja. Solo estaban ellos, dos asesinos psiónicos entrenados.

Dos asesinos... y una pistola.

Pierce bajó los hombros.

—Arruiné todo. Le dije a Nova que yo podría comunicarme contigo. Pensé que podía ayudarte a volver a ser quien eres.—Hizo un gesto para tomar el comunicador que llevaba en el cinturón.

—Espera —dijo Stone.

—Reigel —llamó Pierce a través del comunicador—. Es inútil. Nova tendrá que...

De un salto, Stone tomó la pistola que estaba debajo del escritorio y apuntó a Pierce. Los dedos se tensaron contra el gatillo. Pierce le clavó la mirada.

No vas a dispararme, pensó Pierce.

¡Fuera de mi mente! Stone evocó una imagen de la bala que atravesaba el cráneo de Pierce y disparó un tiro sobre su cabeza. Pierce lo esquivó y se apartó violentamente, mientras Stone corría hacia la puerta.

Pierce no la había cerrado. *Nadie hace eso si está hablando con un prisionero peligroso*, evaluó Stone. Pero no tenía tiempo para detenerse a pensar ahora. Se oía el ruido pesado de las botas que se acercaban por la derecha. Golpeó la placa de acceso con la mano. Pudo ver a Pierce, que corría hacia la puerta que se cerraba. Stone le disparó al panel para bloquear la cerradura y salió corriendo en dirección opuesta a la de las patrullas de seguridad que se acercaban, mientras oía el sonido apagado de los golpes de Pierce contra la puerta.

#

En una habitación cerrada, sin armas ni traje especial, no había mucho que Stone pudiera hacer. Pero en medio de una nave estelar con sus ángulos ciegos, pasadizos oscuros, umbrales ahuecados, paneles de acceso y conductos, se sentía en su elemento. Un fantasma podía moverse por todas partes sin ser detectado y sin obstáculos casi indefinidamente, incluso aunque no tuviera su tecnología de camuflaje.

A pesar de que todos los miembros de la tripulación estaban en alerta porque sabían que Stone andaba libre y armado, podía pasar entre ellos sin que nadie se diera cuenta y neutralizarlos de ser necesario. Pronto comprendió que la mayoría del personal a bordo nunca había estado en combate o al menos no había necesitado usar en serio su entrenamiento de combate. Casi sin esfuerzo, Stone ya había conseguido una segunda arma, un uniforme de tripulante y una unidad de comunicaciones. Si bien podía usarla para escuchar las transmisiones a bordo, corría el riesgo de llamar la atención y que lo rastrearan.

Stone siguió sigilosamente a un joven técnico que corría nervioso por un corredor. Imitó el ritmo de sus pasos, y con sus largas zancadas pronto acortó la distancia entre

ellos. Ya estaba casi encima de él cuando el pobre infeliz se sobresaltó y giró. Al ver a Stone abrió la boca, pero Stone lo tomó por el hombro izquierdo y se la tapó con la mano derecha mientras lo empujaba contra la pared. El técnico lanzó un quejido ahogado e hizo un gesto de dolor.

—Ay, lo siento. ¿Te duele? —dijo Stone—. Será mejor que me digas lo que quiero saber, o te dolerá mucho más.

El hombre abrió grandes los ojos y asintió con la cabeza.

—Muy bien. —Stone lo hizo entrar en una habitación que resultó ser un laboratorio hidropónico vacío. Soltó al hombre y se cruzó de brazos. NI siquiera necesitaba sacar el arma: el técnico sabía que no podía hacer nada.

—Ahora, habla. ¿Qué nave es esta? —preguntó Stone.

—El *Grifonte*. —El técnico tosió y se frotó el cuello.

—¿Quién es su comandante?

—Nova Terra.

Stone alzó las cejas. La historia de Pierce se confirmaba, y como el técnico no era un telépata, su mente era como un libro abierto. Decía la verdad.

Pero no tenía sentido. ¿Por qué motivo Valerian le entregaría a Nova su propia nave para que la usara fuera del control del Dominio? Ella había sido leal al Dominio, era la mejor fantasma que había tenido el programa aparte de Sarah Kerrigan.

Valerian no se desprendería de un recurso tan importante con semejante facilidad. Quizá pensaba que le convenía darle cierta libertad y dejarla en deuda con él y su causa. Lo más probable era que aún usase a Nova, aunque ella no quisiera admitirlo.

—¿Y dónde está Nova ahora? —preguntó Stone.

—No sé. Supongo que en el puente de mando. O en sus habitaciones.

—¿Y la general Davis?

El hombre miró a Stone con incredulidad.

—¿*Carolina Davis*? —insistió Stone—. ¿Dónde la tienen?

—Davis está muerta. Está en las noticias.

Una vez más, sus palabras eran sinceras, aunque podía ser que solo creyera estar diciendo la verdad.

Stone pensó un momento. No sentía nada especial por Davis, salvo un leve resentimiento. ¿No debería sentir algo si realmente hubiera sido leal a Davis y su causa? Estaba acostumbrado a controlar los sentimientos, a no dejar que lo dominaran, pero en esos casos sentía *algo*. En cambio, ahora no sentía nada.

De pronto Stone sintió *algo*, pero venía del exterior: otra presencia psiónica. La bloqueó para impedir que leyera sus pensamientos, pero reconoció quién trataba de penetrar en su mente: era Delta.

Su índice psiónico era 7, como el de Stone, pero Delta era un poco más poderosa. Era una de los pocos fantasmas con habilidades telequinéticas. Si seguía presionando, acabaría por romper el escudo de Stone. Sin embargo, se detuvo.

Fue entonces cuando Stone comprendió el error que había cometido.

El técnico tenía un índice psiónico bajo y no podía impedir que una telépata leyera sus pensamientos. Y estaba pensando en Stone. Era muy probable que hubiese transmitido su ubicación sin darse cuenta.

—Carajo. —Stone contuvo el deseo de dispararle al hombre para romper el enlace psíquico y decidió desmayarlo de un golpe. Sintió un dejo de compasión por el técnico, pero tampoco podía procesar eso ahora.

Stone encendió el comunicador que había robado y oyó la voz de Reigel: “... localizado. Prepárense para un corte del sistema de soporte vital en la cubierta 3 y descompresión en tres minutos”.

Stone dejó caer al técnico y miró alrededor. Estaba en la cubierta 3. Era evidente que trataban de eliminarlo. Necesitaba encontrar un traje espacial o llegar a otra cubierta. El técnico podría haberle dicho por dónde ir si no lo hubiera golpeado. Y si Stone lo dejaba ahí, se quedaría sin oxígeno.

Stone suspiró y observó al hombre que yacía inconsciente. Se inclinó, lo levantó y lo cargó sobre los hombros.

Las luces del corredor ahora titilaban en color rojo. La voz suave de la computadora anunciaba la cuenta regresiva: “*Dos minutos para la descompresión*”.

Con el técnico sobre los hombros, Stone sabía que llamaría la atención más que antes, y eso lo preocupaba. Intentó quedarse en la sombra, pero de todos modos la tripulación estaba demasiado ocupada despejando el lugar como para percatarse de su presencia. Stone corrió por el corredor en dirección opuesta a todos los demás hasta que encontró una escotilla que alguien ya había cerrado. Había una escalera. Hacia abajo.

“*Un minuto para la descompresión*”.

Si quería confrontar a Nova debía subir al puente de mando en la cubierta principal, pero ahí se dirigían todos los miembros de la tripulación. Calculó que el acceso de transbordadores estaba abajo, y probablemente era su mejor opción para escapar.

—Lo dejaremos para otro día, Nova —murmuró Stone.

Dejó al hombre en el suelo y comenzó a girar la manija para abrir la escotilla. Cuando lo logró, volvió a cargar al técnico que seguía inconsciente y bajó por los escalones delgados mientras se preparaba para luchar al llegar abajo. Pero el corredor de la cubierta 4 estaba vacío. Solo se veían las mismas luces rojas titilantes del nivel superior.

“Treinta segundos... Veintinueve... Veintiocho...”

Stone dejó al hombre en la cubierta, esta vez con más cuidado, y luego volvió a subir por la escalera a toda velocidad. Tiró de la tapa de la escotilla para cerrarla y ajustó la traba.

La voz de Reigel resonó en el comunicador. “Prepárense para cortar el soporte vital y descomprimir las cubiertas 2 y 4”.

—¡Carajo! —gritó Stone. No perdían el tiempo. Lo habían encerrado en el nivel más bajo de la nave y ahora no había forma de que pudiera subir tres niveles para estar a salvo, mucho menos con el peso muerto que tenía a su lado. Tal vez podría encontrar un cuarto en este nivel, cerrarlo y quedarse ahí, aunque eso significara esperar a que viniesen a buscarlo.

“Tres minutos para la descompresión”.

Miró el letrero que estaba junto a la escalera y sintió cierta esperanza. Aún no estaba rendido. Y quizás ellos se arrepintieran de haberlo enviado ahí abajo.

En efecto, el acceso de transbordadores estaba en la popa... pero la armería estaba al otro lado, y más cerca de su ubicación.

Stone volvió a cargar al técnico (que parecía estar más pesado que antes) y siguió las flechas en dirección a la armería. Al menos el hombre valía su peso en oro, porque gracias a sus huellas digitales Stone pudo abrir la puerta.

Stone había estado en miles de armerías de miles de naves, y probablemente en miles más que ni siquiera podía recordar. Sabía exactamente dónde solían guardar los trajes y se sorprendió al ver su propio equipo, reparado por completo. Un pensamiento comenzó a resonar en su mente: *¿para qué reparar todo su equipo ahí mismo, si de todas formas iban a devolverlo al Dominio?*

“Dos minutos para la descompresión”.

La computadora lo sobresaltó y lo sacó de sus pensamientos. No tenía tiempo para hacerse esas preguntas.

Rápidamente se puso el traje y se colocó el casco. Sonrió. *Ahora sí* era él mismo. Se había sentido inquieto desde que había despertado en la nave. Ahora sabía que no era solo por los recuerdos enredados y la dificultad para decidir en qué creer. También le faltaba el traje. Para él era como una segunda piel, o más aún: una prolongación de su cuerpo. El traje lo ayudaba a concentrar la energía psiónica y a mejorar la fuerza física, pero había algo más. Para un fantasma, estar en un traje era lo más cercano a sentir el confort de un hogar.

Los terran psiónicos eran temidos, perseguidos y discriminados. A pesar de todas sus fallas y sus principios cuestionables, el Programa Fantasma les daba un hogar. Un propósito. Aceptaba lo que eran y lo que podían hacer. El programa había convertido un montón de habilidades malignas y difíciles de controlar en talentos valiosos que le daban

una ventaja estratégica. Sin el programa, Stone habría pasado la vida ocultándose. En el programa, ocultarse no era una necesidad. Era una aptitud.

Y no se trataba solo de sobrevivir. Bajo el mando correcto, Stone podía marcar una diferencia para otros. Su vida era importante.

Y ahora, sentía que volvía a tener la plenitud de sus habilidades. Podía canalizar su energía psiónica para aumentar su fuerza y reforzar sus defensas. Sentía que ahora estaba en condiciones de aceptar cualquier desafío. Sin dudas podría resistir la descompresión y respirar por un tiempo sin el oxígeno de la nave.

“Sesenta segundos para la descompresión”.

Stone tomó un traje espacial común y se lo puso al técnico. Notaba que ya se movía con más rapidez y seguridad que un momento antes. Ajustó el casco sobre la cabeza del hombre y selló el traje justo cuando la cuenta regresiva llegaba a cero.

“Tres... Dos... Uno”. Stone se sujetó a la espera de la ráfaga de aire que saldría expulsada hacia el espacio.

Nada sucedió.

Stone le sacó un guante al técnico y presionó su mano contra la consola de la armería para destrabar el acceso a la computadora. Todas las terminales estaban encendidas con sus luces verdes y funcionaban como siempre.

O habían cancelado la operación, quizás para proteger a más miembros de la tripulación, o todo había sido un engaño. ¿Pero por qué?

Habían tratado de que Stone anduviera aquí y allá por la nave para exponerse. Pero había terminado en este lugar y ahora tenía su traje.

Recordó el viejo chiste: ¿Qué es un fantasma sin su traje?

Un muerto.

Un fantasma equipado y armado era mucho más difícil de vencer. Y para capturar a uno, era imprescindible mantenerlo lo más alejado posible de su traje.

Por las dudas, Stone dejó al hombre que seguía inconsciente dentro del traje espacial y activó su dispositivo de camuflaje. Salió al corredor con la intención de llegar al acceso de transbordadores al otro lado de la cubierta. Supo de inmediato que algo andaba mal, pero sus escáneres no mostraban nada y sus sondas mentales...

Había otra presencia psiónica, pero su mente no alcanzaba a registrarla, sin poder ubicarla ni identificarla. Entonces un fantasma apareció a su derecha.

La agente X10128B. Delta Emblock.

—Hola, Delta. —Stone desactivó su camuflaje y giró la cabeza para verla. Delta no había desenfundado sus armas. Tenía las manos arriba, para mostrarle que no tenía intención de hacerle daño. Una extraña paradoja, teniendo en cuenta que ella misma era un arma porque también llevaba el traje.

—Stone. Parece que has estado ocupado. ¿Cómo te sientes? —El escudo de Stone no podía resistir la presión constante de su telepatía, así que decidió no malgastar la energía.

—Ahora mejor. —Stone flexionó un brazo—. ¿Qué buscas? ¿Por qué me guiaron hasta mi traje?

—Para que pudiésemos conversar.

—No entiendo —respondió Stone—. Y no me interesa nada de lo que tengas para decirme. Pierce me dijo que quisiste que borrarán tus recuerdos, así que no puedo confiar mucho en tu juicio en este momento.

—Tampoco en el tuyo. Yo estuve ahí, Stone. Hemos pasado por lo mismo, y esta es la forma en que puedo seguir adelante.

—¿Por qué estás aquí? ¿Qué quieres?

Yo le pedí que viniera.

Stone giró al oír la voz de Nova. No podía verla, pero debía estar cerca. Estaba hablando directamente en su mente.

—¡Nova! ¿Dónde estás?

Solo queremos ayudarte, Stone. Tienes una opción, como la tuvieron Pierce y Delta. Como yo. Davis nos borró los recuerdos a todos. No desperdicies esta oportunidad. Sé que tienes miedo...

—Yo no tengo *miedo* —la interrumpió Stone.

Yo sí tuve miedo, dijo Nova. Apareció justo frente a él. Ahora Stone estaba acorralado entre ella y Delta.

Nova se encogió de hombros.

—Todavía tengo miedo muchas veces, para ser honesta. Pero sigo adelante. Hice un plan y lo sigo, un paso a la vez.

La puerta de la armería se abrió y apareció Pierce. Llevaba su propio traje.

—Me hiciste un buen truco, Stone —dijo Pierce—. Te debo una.

Seguramente Pierce se había teletransportado a la armería. Ahora, Stone estaba en clara desventaja y casi rodeado. Solo se le ocurría una forma de escapar.

—De eso hablo —dijo Nova—. Crees que solo hay una forma de escapar, pero tienes muchas más posibilidades ahora.

—Odio que me leas la mente —respondió Stone.

—Ya sé. —Nova sonrió—. Y también sé cómo eres, Stone. De hecho, en este preciso momento quizá yo sepa más de ti que tú mismo.

—¿Por qué hacen todo esto? —Stone giró y miró a Delta, a Pierce y luego otra vez a Nova.

—Necesitabas tiempo para ordenar tus recuerdos, y sabíamos que no lo lograrías en la enfermería o encerrado en una habitación. Jamás creerías en nada a menos que lo descubrieras por ti mismo. —Nova apoyó su mano en la cadera—. Como siempre, te gusta tomar el camino más difícil, y yo lo respeto. Pero esa tendencia también puede ser autodestructiva. Créeme.

—¿Que te crea...? —Stone sacudió la cabeza—. ¿Entonces esto era una prueba? ¿Para saber cómo reaccionaría?

—Yo ya sabía cómo reaccionarías, pero de todos modos necesitabas pasar por todo esto. Stone, los fantasmas no tenemos mucho poder de decisión en nuestras misiones, pero tú siempre encontraste la manera de proteger a las personas si podías. Incluso ahora, cuando estabas seguro de ser un prisionero, no mataste a Pierce...

—Ni siquiera me lastimó en serio —resopló Pierce.

—Bueno, bueno —respondió Nova—. Y mantuviste a Oslo a salvo aunque no te dejaba avanzar muy rápido.

—¿Quién carajos es Oslo?

El técnico salió por la puerta de la armería. Se apoyaba la mano en la cabeza, pero sonreía con timidez.

—Yo. Yo soy Oslo. Estoy lastimado, sí, pero no muerto, así que gracias por eso.

—De nada... —le respondió Stone, aturdido.

—¿Puedo ir a ver a un médico? —preguntó Oslo—. Creo que tengo una contusión.

Stone se sintió avergonzado.

—Pierce, llévalo a la enfermería —ordenó Nova.

Pierce asintió con la cabeza y acompañó al técnico, que caminaba tambaleante por el corredor.

—¿Y por qué el traje? —quiso saber Stone.

—Para demostrarte que tenías una opción. Si vamos a pelear, será una pelea justa —dijo Nova—. Te lo mereces.

—¿Dos contra uno es una pelea justa?

Delta sonrió.

—Yo solo estoy acá para ver la paliza que te dará Nova.

—Gracias por la confianza —respondió Stone, aunque sabía que Delta tenía razón.

—Ya te di una cuando estabas en tu mejor momento —dijo Nova.

—Y no me mataste cuando tuviste la oportunidad.

—No controlabas tus acciones.

—Piensa en todo lo que sabes sobre los Defensores del hombre y el Dominio —dijo Delta—. Más allá de lo que *crees* recordar, ¿de qué lado quieres estar? ¿El lado que usa a los fantasmas para obtener crédito político y pone en riesgo vidas inocentes para influir en la opinión pública? ¿O el lado que intenta proteger a los terran de los zerg y les da a todos, también a los fantasmas, la libertad de apropiarse de su propio destino?

—No puedes pensar que soy tan estúpido como para creer que de pronto el Dominio se preocupa por los fantasmas —respondió Stone.

—Quizás no el Dominio, pero yo sí —dijo Nova—. Y no te llevaría por un camino equivocado.

—Son los *Defensores* los que tratan de protegernos a todos de los alienígenas. Nadie ha hecho más que ellos para luchar contra los zerg y los tal'darim —respondió Stone. Pero las palabras le parecieron vacías mientras las pronunciaba.

—¡Usaron a los zerg salvajes para tratar de desacreditar a Valerian! —gritó Nova—. Destruyeron Antiga Mayor, Tyrador IX... Pusieron en peligro a otros solo para fingir que eran sus salvadores, y asesinaron a innumerables civiles en el camino. Cuando descubrimos el verdadero objetivo de los Defensores del hombre, tú y yo tratamos de detenerlos. Porque *eso* es lo que tú haces, Stone: tratar de ayudar a las personas siempre que puedes.

Stone inclinó la cabeza. En algún momento, tenía que ceder ante una verdad probable: la respuesta más simple debe ser la correcta. Si aceptaba que todo esto no era una conspiración sofisticada para engañarlo y hacer que desertara de los Defensores del hombre, si aceptaba que Nova era sincera, tenía que creer lo que ella le decía. Tenía que hacer caso omiso de sus recuerdos, en los que ya no podía confiar, y confiar en sus instintos: lo que veía y oía en ese instante, con la información que tenía.

Teniendo en cuenta todo eso, tenía que aceptarlo: era un agente del Dominio y la general Carolina Davis había recibido lo que se merecía.

—Somos lo que elegimos ser —dijo Nova—. Tú me enseñaste eso. No fue producto de la programación, fuiste *tú*. Si no puedes creer en nada, al menos cree en ti mismo.

Quizá la verdad ya no era importante. No si podía alejarse y construirse una nueva realidad.

—Está bien. —Stone levantó las manos—. Entendí. ¿Y ahora, qué? ¿Me entregarás al Dominio? ¿Me llevarás de regreso a Korhal?

—No trabajo para el Dominio. Ninguno de nosotros trabaja para el Dominio. Ya no. No quiero llevarte de regreso, Stone, a menos que quieras ir allá. ¿Qué es lo que *tú* quieres?

—Nunca nadie me preguntó eso antes —dijo Stone—. No que yo recuerde.

—Bueno, es hora de que eso cambie.

#

Stone despertó. Estaba otra vez en la enfermería. Pero esta vez sabía perfectamente por qué estaba ahí. Había elegido estar en ese lugar.

Se sentó en la cama y de inmediato notó algo diferente. Su poder psiónico no tenía restricciones. Era libre.

—Lo hicieron, de verdad —murmuró Stone.

—El procedimiento fue todo un éxito —dijo Reigel.

Stone giró la cabeza y vio a Reigel y a Nova, que se acercaban a la cama.

—¿Estás bien, Stone? —preguntó Nova.

—Nunca me había sentido así antes —Percibió la presencia de Nova con claridad.

Sabía exactamente en qué lugar de la nave estaban Delta y Pierce. Podía sentir la presencia de todos los demás terran que estaban a bordo, con sus diferentes niveles psiónicos. Tenía una conciencia de su entorno y de sí mismo con la que no podían compararse ni siquiera los sensores del traje.

—Una parte de mí aún creía que me despertaría reprogramado o en una celda del Dominio. Pero me dijeron la verdad —dijo Stone.

Reigel sostuvo un manojito de cables y circuitos.

—¿Los quieres de recuerdo? —le preguntó.

Stone negó con la cabeza, y de inmediato se arrepintió.

—¡Genial! Más para mi colección. No es común encontrar hardware de fantasmas de los viejos tiempos. Una antigüedad fascinante. —Reigel guardó los dispositivos en un bolsillo de su chaqueta de laboratorio mientras sonreía para sus adentros. Nova lo miró con preocupación.

Se acercó más a Stone y bajó la voz.

—¿Estás seguro de esto, Stone?

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no? Pero si de verdad puedo abandonar el Programa Fantasma, creo que es lo mejor que me puede pasar.

Delta había dicho que podía elegir entre el Dominio y los Defensores del hombre, pero si realmente era libre, no elegía ninguna de esas opciones. Sería difícil encontrar una nueva forma de vivir, pero como en el caso de Nova y la tripulación del *Grifonte*, era un camino que debía recorrer por sí solo.

—No olvides reportarte ante el Dominio primero —dijo Reigel.

Nova levantó la vista al techo.

—Para que te den el aviso oficial —siguió Reigel—. Sin el inhibidor, todos tus recuerdos se restablecerán de a poco.

Stone sentía bastante miedo de eso. Le preocupaban las caras de los que había matado, las revelaciones que aparecerían con el tiempo. Pero aun así era mejor elegir una nueva vida que seguir siendo un prisionero y vivir siempre entre sueños sin poder despertar.

Él quería despertar.

—Siempre tendrás un lugar aquí —dijo suavemente Nova—. Tu ayuda nos vendría bien allá afuera. Alguien se tiene que ocupar de mantener la unión y la paz en el universo.

—La única vida que conozco es la de un fantasma. Necesito ser yo mismo durante un tiempo. Aunque... supongo que para eso debo saber *quién* soy yo en realidad.

Conocerme.

Nova asintió con la cabeza.

—Entiendo. ¿Qué harás ahora?

Stone se inclinó hacia adelante y sonrió.

—Apenas baje de la nave, haré lo que hacen los fantasmas: desapareceré.

FIN

Autoría: EC Myers

Edición: Chloe Fraboni

Producción: Brianne Messina

Asesoramiento de historia: Madi Buckingham, Sean Copeland

Asesoramiento creativo: Jeff Chamberlain, Kevin Dong, George Krstic, Ryan Quinn,

Ryan Schutter

Traducción: María Laura Campos y Paula Gürtler

Agradecimientos especiales: Thomas Floeter, Martin Frost, Felice Huang,

Chungwoon Jung, Jaclyn Lo, Alexey Pyatikhatka, YuSian Tan